MEMORIAS-Bocetos

Abi S. Wall

Capítulo 1

Bocetos

Un segundo, un minuto, una hora. Daba igual el tiempo que empleaba aquél viejo para pintar la inigualable pirámide. Me detuve. Me fijé en su físico. Un semblante amble y huesudos pómulos que transmitían paz. La paz del que sabe hablar en el silencio. Sus arrugadas manos y sus craqueladas y polvorientas gafas formaban parte del conjunto de su aspecto caduco, con su cabello cano y su dejada barba prolongada. Estaba sentado. En un lateral de la silla apoyaba una carpeta llena de bocetos que procuraban pasar desapercibidos entre la muchedumbre que subía y bajaba de la pirámide. Le acompañaba un esmirriado chaval, que por cómo se expresaba y por la poca ropa que vestía parecía un claro descendiente maya o azteca. Uno de estos guías inesperados, que salen de detrás de una roca, que te toman de la mano y te acompañan a todas partes con tal de que les des unos dólares. Dinero sí, comida y ropa no. De su mano derecha colgaba una soga que se desdoblaba en "Y" enlazando a dos cachorros bien parecidos, de orejas largas y hocico corto que no paraban de rascarse.

Me aproximé al lienzo. Él me miró de reojo. Yo le pedía permiso, mediante mímica, para estar a su lado, contemplándolo.

En un dialecto que me costaba descifrar consintió mi presencia, pero dijo que me costaría algo:

-¿el qué?-pregunté.

-un dulce -contestó.

Se lo di, le di la bolsa entera. Me senté a su lado y me mostró toda su obra. Para cuando acabamos de recorrer cada acuarela, témpera, carboncillo, óleo, se podía respirar el rancio y eterno olor de cada de paisaje, montaña, escultura, templo, y ruinas de la mitad septentrional de la península del Yucatán. Uno de los cachorros, el más dominante, se había terminado toda la bolsa de dulces, dejando al segundo, salibando y relamiéndose. El joven se había marchado llevándose a éste último.

El otro lo miró haciendo aquél ruido rápido, como un lloriqueo. Luego se volvió y tomó el sendero por donde había desaparecido el muchacho.

Me contó, que no siempre se había dedicado a la pintura, que aunque era profesor de historia del los pueblos indígenas, se había arruinado al ofrecer más de la mitad de sus ahorros a sus hermanos mayores, que por verse envueltos en historias de tráfico de drogas tuvo finalmente que comprar su libertad al capo de la operación, lo que le llevó a la

bancarrota.

Me pareció una buena idea llevarme un recuerdo de la pirámide del sol y de la luna a través de un canvas. Aunque ajado y polvoriento, desprendía sin duda más pasión y vida que las postales típicas de supermercado.

-¿Me vende uno de sus bocetos? -inqurí.

-¿Por qué los llamas bocetos? ¿Crees que no están acabados? -me preguntó.

-Sí lo creo. Perdón, que sí creo que estén acabados -respondí con titubeos.

-No pasa nada, yo también soy un boceto. Estaré acabado si no vendo al menos cuatro de estos -se reía para sí mismo.

Cuidadosamente esparció los dibujos ante mí, abriendo la vejada carpeta. Yo creía que sabía cuál iba a elegir: Las majestuosas pirámides de Tetihuacán. Pero no le hice caso a mi instinto y acabé escogiendo uno de esos paisajes perdidos, de áspero terreno, sin agua y con vida, de luz escasa, del poniente en su lecho. Cuánto es? -le consulté.

-El precio lo pones tú -contestó.

-Cincuenta millones de pesos -afirmé con seguridad- ¿Le parece bien?

-Sí, me parece bien. ¿sabes qué haré con el dinero?

-No.

-Operarme la vista -y me enseñó una córnea defectuosa e infectada.

Sonreí y le abracé. No sé ni porqué lo hice. Pero pude sentir aquélla paz, la paz que aunque no se vea se mantiene en el interior de algunos hombres.

Después de una semana, en las ruinas de Xochicalco, mientras tomaba fotografías libres al horizonte le volví a ver, cerca del templo de la Serpiente Emplumada. A juzgar por los finos y estilizados detalles de la deidad en el blanco cuadrilátero y con un estilo maya-tolteca algo peculiar, pensé que no podía ser él.

Se acercó a mí. Me recomendó su oftalmólogo. Algún día, sé que volveré.